

Santo. No bien los jesuitas habian acabado sus funerales, cuando recibieron una noticia de las mas desoladoras. Un criado del gobernador y un cristiano se les presentaron diciendo que costaba mucho trabajo impedir que los soldados entraran en la casa, y que era preciso darles doce libras de plata sin faltar una onza. No hubo modo de librarse de esta exaccion: de manera, que fué preciso echar mano de todas las alhajas de la iglesia, y apenas si los vasos sagrados pudieron salvarse de la rapacidad de aquellos desalmados. Quedaron, pues, los Padres desprovistos de todo recurso, no pudiendo recibir ningun socorro de Europa, y habiendo además contraido enormes deudas para pagar injustas contribuciones, y tenido que vender sus muebles, sus vestidos y hasta los árboles de su jardin para procurarse algun alimento; pues ni aun de arroz, que es la ordinaria comida de los pobres de aquel pais, tenian la menor provision y ni dinero para comprarlo. Mas todas estas miserias no pasaban del exterior. La paz que Dios les dejaba saborear en el fondo de su alma, se las hacia completamente llevaderas. El hambre, la sed y la pobreza deben ser el alimento de un misionero. ¡Ay de aquel que no compra á este precio el honor y la gloria de anunciar el Evangelio á las naciones extranjeras! Entretanto todo huía, todo iba desapareciendo á su alrededor. Los PP. agustinos y capuchinos habian tomado este partido. No quedaba ya mas que un carmelita y un dominico, y los jesuitas vivian con ellos en la mas estrecha union. Tal era el estado de la Persia. En medio de tantos males, los misioneros se iban sosteniendo con la paciencia; mas como no contaban con ningun apoyo por parte de los hombres, y como todos los cristianos se habian ido dispersando, era de temer que al último tuviesen que abandonar enteramente un pais en el que nada mas habia que crímenes, tropelías y desórden.

Lo que hasta aqui hemos dicho de los ar-

menios, hará desear algunas observaciones sobre la misma Armenia, de las cuales no privaremos á nuestros lectores.

A tres leguas de Erivam, por el lado de Erzeroum, está situado el famoso monasterio de Echmiadzin, llamado tambien vulgarmente *monasterio de las tres iglesias*, residencia ordinaria del patriarca de Armenia. Compónese de cuatro grandes cuerpos de edificio, que forman un vasto patio mas largo que ancho, en cuyo recinto se eleva la iglesia patriarcal, de antigua y sólida estructura, y edificada con piedras de silleria. Esta disposicion de la iglesia rodeada de edificios, es conforme á lo que se acostumbraba en la antigüedad. Eusebio, al hacer la descripcion de la iglesia que San Paulino mandó edificar en Tyro, la coloca en el centro de un gran patio, rodeada de edificios para servir de viviendas al obispo, al clero y todos sus dependientes. Echmiadzin significa en su etimología *Descendimiento del unico Hijo*, porque segun una antigua tradicion, este fué el sitio en que Jesucristo se apareció á San Gregorio el Iluminador, apóstol de Armenia, á quien este templo está dedicado. El templo de este monasterio es oscuro, pero rico en vasos sagrados y ornamentos. Como es el objeto principal de la veneracion de los armenios, el pueblo, naturalmente devoto, contribuye liberalmente á su decoracion. En Echmiadzin hay siempre un número considerable de prelados y *vertabietes*; nombre que se dá á unos doctores ó predicadores que viven allí como los monges, es decir, con mucha frugalidad. Los monges cultivan unos grandes y deliciosos jardines y además todas las tierras de las inmediaciones.

Los defectos que se achacan á los armenios son poco mas ó menos los mismos que los de casi todas las naciones; pero en obsequio suyo es preciso decir que acaso no hay en todo el mundo un pueblo mas susceptible de sentimientos religiosos ni mas constante en seguirlos. Tienen una singular aficion á los

discursos y libros de piedad y nada omiten para la decoracion de los templos, que sin disputa son los mejor adornados de todo el Oriente. El cristianismo que profesan es muy riguroso, pues les impone largos y austeros ayunos, que observan con una regularidad tan escrupulosa, que no se dispensan de ellos ni en los largos y penosos viages que por sus especulaciones mercantiles tienen que emprender, y ni aun por motivos de indisposiciones físicas. No es menos edificante su puntualidad en cumplir con los rezos de costumbre.

El patriarca está reconocido y honrado por los armenios, no solo de la gran Armenia, sino tambien por los que trafican en Persia, Romelia y la pequeña Tartaria, como jefe de su Iglesia y de su gobierno eclesiástico. Este prelado se dá á sí mismo el nombre y calidad de pastor católico y universal de toda la nacion, aunque desgraciadamente su unidad se halla desgarrada por un antiguo cisma. Además de este grande y célebre patriarcado, hay otros tres prelados que toman el título de patriarcas, si bien gozan de mucha menos consideracion: el primero de estos tres reside en Sis ó en Cilicia y estiende su jurisdiccion sobre la pequeña Armenia y provincias inmediatas, sobre la Anatolia y sobre la Siria. Los dos restantes son apenas conocidos: su poder se limita al espacio de una diócesis, y el uno reside en Albania y el otro en Agtamar. Los armenios católicos de la provincia de Naschivan tenian un arzobispo que dependia inmediatamente de la Santa Sede. Este prelado y todo su clero eran de la orden de Santo Domingo, pero del rito armenio. Los armenios establecidos en Polonia y unidos á la Iglesia romana, tenian tambien un arzobispado en Léopol.

El gran patriarca es elegido á pluralidad de votos de los obispos que residen en Echmiadzin. Antes que los rusos se hubiesen apoderado de este monasterio, se remitía el acta de su eleccion á la corte de Persia para ob-

tener el beneplácito del rey. Este beneplácito se compraba con el nombre especioso de un regalo que se hacia al rey y á sus ministros. Mas si la ambicion ó la parcialidad llegaban á dividir los votos y á causar una doble eleccion, entonces el patriarcado se sacaba á pública subasta y se adjudicaba el mejor postor. El rey no siempre esperaba á que la eleccion se hiciera por los trámites regulares; alguna vez la anticipaba y otras nombraba patriarca á quien le placia. El patriarca agraciado por el rey tomaba posesion de su dignidad, y rara vez era depuesto de ella hasta la muerte. Una vez colocado este prelado en su sede, se atribuye un poder absoluto sobre todos los demas prelados, arzobispos y obispos, con el derecho no solo de nombrarlos y consagrarlos, sino hasta de destituirlos. Esta facultad queda sin embargo bastante restringida en cuanto al hecho, y se reduce únicamente á confirmar las elecciones que hacen las iglesias particulares, ó los nombramientos que vienen de parte de los príncipes. El patriarca consagra la mayor parte de estos prelados en Echmiadzin, y consagra tambien otros muchos sin asignarles iglesia propia, los cuales vienen á ser como nuestros obispos *in partibus*. Esta es la razon de haber siempre en su monasterio y cerca de su persona varios de estos obispos, y otros que por las persecuciones han tenido que abandonar sus sillas.

Las rentas del patriarca son muy considerables, y ascienden por lo menos á doscientos mil escudos, sin que por ser rico pueda decirse que es magnífico; pues viste sencillamente y lleva como los monges una cogulla y capa negra; su alimento es frugal, vive en comunidad y como su comunidad, es decir, que nunca come mas que legumbres, no bebe vino, ni tiene carruage ni fausto de ningun género. La mayor parte de su renta proviene de posesiones que pertenecen á su monasterio, y el resto, de contribuciones pagadas por su pueblo; mas casi toda esta renta se consume en

comprar la proteccion de la corte, en gastos de fábrica del monasterio (ó iglesias, en contribuir á las urgencias de la nacion y en pagar el tributo por muchos pobres, para quienes la indigencia seria una ocasion próxima de abandonar el cristianismo. Cada tres años bendice el patriarca el Santo Crisma y diputa algunos obispos, de los que están cabe su persona y sin iglesia propia, para que lleven á los prelados que tienen diócesis, y estos lo reparten entre los párrocos. Esta distribucion es muy provechosa para el patriarca; pues no hay armenio que con este motivo no considere como un honor el hacerle algun regalo segun sus facultades. Además de un receptor establecido en cada iglesia para recibir los donativos que se le hacen, el patriarca tiene continuamente en movimiento ya prelados, ya *vertabiet*, para que perciban sus derechos y trasmitan sus órdenes. Estas comisiones nunca son estériles para los que las desempeñan, pues son bien recibidos en todas partes y nunca faltan algunos regalos.

Cada iglesia particular tiene su consejo compuesto de los ancianos de mas consideracion, y estos eligen el obispo, el cual va á consagrarse á Echmiadzin. Tambien pretenden tener el derecho de destituirle, si no están contentos con él; de manera que siempre tiene que estar temiendo por un lado la deposicion por parte del consejo, y por otro la excomunion del patriarca, la cual les es muy sensible. Los obispos residen por lo regular en los monasterios, y viven en comunidad con los monges. Sus rentas consisten en limosnas y en ciertos derechos que exigen por conferir las órdenes y dar licencias para segundas nupcias. No traen como nuestros obispos la cruz al pecho; pero llevan mitra, anillo y báculo.

Los *vertabietes* ó doctores ocupan un lugar muy distinguido en la iglesia de Armenia: no reparan en tomar el sitio preferente al obispo que carezca del grado de doctor. Usan

tambien de báculo, y gozan el derecho de una mision general para predicar donde les acomode. Muchos son superiores de monasterios, y los demas recorren el pais echando sermones que los pueblos escuchan con respeto. Para tener y honrarse con el venerable título de *vertabiet* les basta haber sido discípulos de un *vertabiet*; de manera que el que goza de este título puede comunicarse á cuantos quiera. Asi que han aprendido el nombre de los Santos Padres y algunos rasgos de historia eclesiástica, en especial de los que tienen conexion con sus opiniones erróneas, se dan por suficientemente instruidos, y quedan ya hechos unos doctores consumados. Por lo demás, estos *vertabietes* se hacen tratar con mucho respeto; reciben sentados á cuantas personas les vayan á visitar, aunque sean sacerdotes; dan á besar gravemente su mano, y esperan que la persona que va á consultarles se haya puesto de rodillas á dos ó tres pasos de distancia para oír su dictámen. Los mas bellos pasages de los sermones que predicano al pueblo consisten en historias fabulosas, frecuentemente mezcladas de invectivas contra los latinos. Su moral propende por lo regular á que se conserven varias prácticas supersticiosas, como, por ejemplo, la de sacrificar animales.

Todos los sacerdotes seculares son párrocos; y cuando ocurre que hay varios que sirven una misma iglesia, las funciones parroquiales se parten entre todos. Cásanse antes de recibir las sagradas órdenes. Por lo que toca á su ciencia, como por lo regular son procedentes de la hez del pueblo, no se atiende á mucho mas que á leer corrientemente el misal, escrito en armenio literal, y entender las rúbricas. Toda su preparacion para recibir el orden sacerdotal se limita á permanecer cuarenta dias en una iglesia; y en el mismo que espira este plazo dicen Misa, á la que se sigue un gran festin, durante el cual la *papisa*, es decir, la esposa del nuevo sacer-

doté, permanece sentada en un taburete con los ojos vendados, los oídos tapados y la boca cerrada, dando á entender la reserva que debe de guardar en todo lo concerniente á las sagradas funciones que su marido va á desempeñar. Cada vez que un sacerdote debe decir Misa, pasa la noche anterior en el recinto de la iglesia: cuando esta tiene varios sacerdotes, el hebdomadario pasa en ella todas las noches de su semana.

En los oficios canta todo el pueblo, y los jóvenes que aprenden á cantar desde su infancia, mezclan su voz con las de sus padres; pero lo que es verdaderamente edificante, es la modestia que todos observan en los ejercicios de la Religion y en los lugares sagrados. Cuando los niños han aprendido á leer, son presentados por los maestros de escuela al obispo, que los ordena desde la edad de diez ó doce años, y en seguida permanecen dos ó tres dias en la iglesia, en donde se los hace leer, juegan, comen y duermen, sin salir de su recinto ni quitarse la sobrepelliz hasta que los sacerdotes les conducen otra vez á casa de sus padres: con cuyo motivo la familia y amigos del nuevo ordenado nunca dejan de hacer algun presente al obispo y á sus clérigos. Los derechos episcopales por cada ordenado son únicamente doce sueldos.

El rito de los armenios cismáticos consiste particularmente en la liturgia, sacramentos, festividades, ayunos, canto y oraciones públicas. Hablaremos primeramente de la liturgia.

En los templos el pavimento está cubierto de esterás ó tapices. Al entrar en su recinto hay la costumbre de descalzarse en señal de respeto. Los altares son de piedra, sin reliquias, sencillos, estrechos y contruidos de modo que se puede dar vuelta á su alrededor. El crucifijo es pintado ó hecho de nácar de perlas embutidas en la madera. El cáliz y la patena se parecen á los que se usan entre nosotros, y acostumbran cubrirlos con un velo de

crispon, sin pátia. El santuario está separado del resto de la iglesia por un gran cortinaje que se corre durante el misterio de la santa misa. Es raro que en un dia se digan dos misas en un mismo templo; pero nunca se celebra mas que una en cada altar. Solo celebran misas mayores y siempre al rayar el dia; pero en las visperas de la Epifanía y de Pascuas se dicen las misas por la noche.

El celebrante lleva un bonete redondo, cuya estremidad termina en una cruz, el alba es angosta y corta; lleva asimismo en cada brazo un manipulo, ó especie de manga que no sube mas que hasta el codo; la estola está adornada con una cruz, y sus estremidades son estrechas. El amito del sacerdote es como un collarin de monge, de plata ú oro, del cual pende un lienzo sobre la espalda, y encima se pone la capa pluvial. Los sacerdotes asistentes no llevan mas que la capa pluvial sobre sus vestidos. Los diaconos visten una alba sin cingulo, y sobre el hombro izquierdo una estola que cuelga por delante y por detrás, y los subdiaconos llevan una sobrepelliz ó alba angosta que llega hasta los talones. Tanto la sobrepelliz como el alba están marcadas con cruces, pintadas á manera de flores, sobre el pecho, en las mangas y el centro de la espalda, con otras cuatro mas pequeñas en las cuatro estremidades.

Las ceremonias de los sacerdotes en el altar son las siguientes. Estando revestido el oficiante se lava las manos, dice el *Introito* al pie del altar, y tambien la confesion él solo, en términos casi semejantes á los nuestros. El presbítero asistente dice el *Misereatur*: el celebrante subiendo al altar lo besa tres veces; el arcediano le lleva la hostia que es de pan sin levadura, y el preste la coloca en un pequeño nicho hecho á propósito en la pared como el que hay en algunas de nuestras iglesias para poner la vinageras: en seguida pone allí tambien el cáliz despues de haberle echado vino puro y sin agua. El diácono dice entonces des-

de el centro de la iglesia: *benedicid, Señor;* y el celebrante prosigue solo diciendo: *bendición y gloria al Padre y al Hijo;* reza el salmo, la antifona y el himno del día, y en tanto el coro canta tres veces el *Trisagio*, con la adición de Pedro Gnaphée: «*Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, que habeis sido crucificado por nosotros, tened piedad de nosotros.*» Cuando acaba el coro, el celebrante lee el salmo, la profecía y la epístola del día, y luego volviéndose al pueblo dice: *la paz sea con vosotros; y con vuestro espíritu,* responde el coro: estas palabras se repiten siete veces durante la misa.

El diácono lee el Evangelio del día. En el símbolo que se canta despues del Evangelio, el cisma ha suprimido, al hablar del Espíritu Santo, las palabras «*que procede del Padre y del Hijo.*» La *oblacion* se hace en seguida de este modo: el celebrante, el diácono y el coro llevan las ofrendas en procesion alrededor del altar, cantando: «*el Cuerpo del Señor y la Sangre de la redencion están presentes;*» y el pueblo se prosterna. Subiendo de nuevo al altar el preste, y despues de lavarse los dedos, se vuelve hacia el diácono y le dá el ósculo de paz. El diácono, despues de haberle recibido, dice: «*dáos mutuamente la paz con el ósculo de pureza, y los que no seais dignos de participar de los misterios, bajad á la puerta del templo y orad.*» Al llegar el celebrante á la consagracion, pronuncia primeramente estas palabras: «*tomando el pan en sus santas, divinas, inmortales, immaculadas y obradoras manos, lo bendijo, dió gracias, lo partió, dió á sus discípulos escogidos, santos y santos dos.....*»

El sacerdote continúa, y profiere las palabras sacramentales, las mismas que nosotros, sobre el pan y el vino, que eleva para que sean adorados del pueblo. Despues de la consagracion y de algunas preces acompañadas de bendiciones, el celebrante separa el velo que cubria el cáliz, y tomando en sus manos la hostia

repite por tres veces: «*Por esto, tú serás verdaderamente el pan bendito, el Cuerpo de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.*» Otras tantas veces repite: «*Cooperando tu Santo Espíritu,*» y cubre el cáliz. Dichas estas palabras, ruega por todos los estados regulares y seculares. El diácono, cantando, hace mencion de los Santos, y en particular de San Tadeo, San Bartolomé y San Gregorio el Iluminador, y á estos nombres añade los de Juan Orodnicí, Gregorio Dukeratsi y Barsam, que son tres hereges. Tambien hace mencion de Abgáro, Constantino, Tiridato y Teodosio. El pueblo canta la oracion dominical. Despues de la oracion, el sacerdote se vuelve dos veces hácia el pueblo, y enseñándole la hostia sobre el cáliz, le dice la primera vez: «*Las cosas santas á los santos,*» y á la segunda añade: «*Comed el santo venerable Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo con santidad, el cual descende del cielo, habita entre nosotros y es la vida.*» El *Agnus Dei* se dice en los mismos términos poco mas ó menos que nosotros, y el celebrante comulga. En seguida, el diácono dice al pueblo: «*Aproximáos con temor y con fé, y comunicad con el santo: he pecado contra Dios. Creemos en el Padre, Dios verdadero; creemos en el Hijo, Dios verdadero; creemos en el Espíritu Santo, Dios verdadero. Nosotros confesamos y creemos que esto es el verdadero Cuerpo y Sangre de Jesucristo, por quien nos serán perdonados nuestros pecados.*» El coro responde cantando: «*Nuestro Dios y Señor se nos apareció: bendito sea el que viene en nombre del Señor.*» Entonces comulga el pueblo, y el celebrante lo bendice y canta: «*Haced, Señor, vivir á vuestro pueblo;*» el coro prosigue cantando: «*Llenos estamos de vuestras bondades.*» El diácono añade: «*con fé y con paz,*» á lo cual responde el coro, «*damos gracias.*» El celebrante se dirige luego al medio de la iglesia, reza algunas oraciones, y luego volviéndose hácia el pueblo, dice: «*La plenitud de la ley y de los pro-*

fetas. Vos sois el Cristo Dios:» vuelve en seguida á subir al altar, y despues de tres genuflexiones, dice: «*Señor, Jesucristo, tened piedad de nosotros.*» Al fin de la misa, se lee el Evangelio de San Juan como en la Iglesia latina.

Durante la misa, los oficiantes no hacen genuflexion alguna, sino solamente inclinaciones: el celebrante bendice mas de cincuenta veces al pueblo, estendiendo la mano sin volver el cuerpo, y el diácono dice casi otras tantas, y al mismo tiempo: «*benedicid, Señor.*» Antes de la misa, hacen los armenios una profesion de fé, que es herética; principia con un exorcismo, y concluye con una confesion de toda especie de crímenes los mas capaces de ofender á los oídos castos y piadosos. Por lo tocante al oficio divino que se reza en las iglesias armenias, no se usa mas idioma que el antiguo de la nacion, que puede llamarse armenio literal; y cuya inteligencia está reservada á los ministros del altar, los que generalmente no saben mas que leerlo.

No solamente se distingue esta nacion de las demas sociedades cristianas por este rito particular, sino tambien por la administracion de sacramentos, en la que los armenios han introducido una porcion de abusos dignos de correccion, y otros dignos de ser abolidos, como vamos á verlo.

El obispo ó el sacerdote que administra el sacramento del bautismo, recibe primeramente al niño fuera de la puerta del templo que debe estar cerrada, y alli recita el salmo 130, y varias oraciones. Volviéndose en seguida hácia el Occidente, repite tres veces el exorcismo, y luego, volviéndose hácia el Oriente, hace igual número de veces las ordinarias preguntas acerca de la creencia sobre los principales artículos de fé, y reza el salmo *Confitemini* que es el 117. Entonces se abre la puerta de la iglesia, y se dirigen hácia la pila bautismal. El sacerdote unge al niño con el óleo bendito: reza en alta voz el salmo *Vox Domini super*

aquas y el tercer capítulo de San Juan, en el que Jesucristo instruye á Nicodemus de la necesidad de una regeneracion espiritual que el santo bautismo opera en nosotros, y luego bendice el agua de la pila. Sumerge en ella el crucifijo, y derrama el sagrado crisma diciendo tres veces *alleluia*, juntamente con estas palabras: «*Sea esta agua bendita, unguada y santificada.*» Concluidas estas primeras ceremonias, el preste pregunta cómo ha de llamarse el niño, y llamándole entonces por su nombre, lo sumerge enteramente tres veces en la agua bautismal, diciendo: «*N., servidor de Jesucristo, que espontáneamente se presenta á recibir el bautismo, es bautizado por mí en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Estás redimido por la Sangre de Jesucristo, y desatado de la servidumbre del pecado: eres hijo adoptivo del Padre celestial, coheredero de Jesucristo, y templo del Espíritu Santo.*»

Otro ritual armenio prescribe un modo diferente de conferir el bautismo. El sacerdote á la primera inmersión del bautizado, dice: *En el nombre del Padre;* á la segunda, *en el nombre del Hijo;* y á la tercera, *en el nombre del Espíritu Santo.* Esta repetición en el nombre, es contraria á la institución de Jesucristo, acerca de la cual los Santos Padres, hablando contra los arrianos y macedonios, hacen observar que las tres Personas de la Santísima Trinidad son enunciadas con las palabras *en el nombre*, pronunciadas una sola vez, para significar la unidad de las tres Personas en esencia. Los armenios no bautizan á los niños hasta los ocho dias de haber nacido, y por desgracia sucede no pocas veces, que muere la criatura en este intervalo sin haber sido bautizada. Algunos de sus doctores, por librarse de la justa censura que sobre este particular se les podría hacer, sostienen que en semejante caso el bautismo no es absolutamente necesario al niño: con lo cual dan lugar á que se les pueda acusar de que no creen en el pecado